

La segunda piel

Cristina del Toro Tomás

Santi miraba con impaciencia el reloj que estaba situado entre los andenes seis y siete de la pequeña estación. Faltaban diez minutos para que saliera su tren, y contaba cada segundo que pasaba de forma obsesiva, como si de esta manera pudiera evitar un hipotético retraso. Aquel iba a ser el día más importante de su vida, y nada debía estropearlo.

Apenas había pegado ojo en toda la noche, y en esta ocasión no tenía nada que ver con su costumbre de permanecer pegado a la pantalla del ordenador hasta altas horas de la madrugada. Llevaba anhelando aquello casi diez años. Se sentía como una quinceañera que iba a poder asistir al concierto de su ídolo predilecto. Y pensando en ídolos adolescentes...tenía información muy interesante sobre un par de ellos. No debía olvidar mostrársela a la persona con la que iba a reunirse aquel día.

El tren llegó a la estación con tal puntualidad que Santi no pudo evitar tomarse aquello como una señal. Estaba en el camino correcto. Pronto podría cambiar el destino de la Tierra y los que en un pasado se burlaron de él, tendrían que arrodillarse dando las gracias y reconociendo lo ignorantes que habían sido.

El vagón iba medio vacío, así que eligió el asiento más alejado del resto de viajeros, acomodándose junto a una ventana. Desplegó la bandeja que había acoplada al asiento delantero y volcó sobre ella el contenido de la mochila que llevaba consigo. De entre todos los papeles sueltos, cuadernos, y agendas que llevaba consigo, escogió su adquisición más reciente: una *tablet* que le había permitido organizar toda aquella información con más comodidad. El resto de material lo llevaba para demostrar al hombre al que iba a ver más tarde el arduo trabajo de investigación que había realizado durante tantos años. El tren se puso en marcha y Santi, tras lanzar una mirada desconfiada al resto del vagón, se encogió sobre su *tablet* y la desbloqueó. Ya había abierto un documento que tenía por título "El yugo de los Reptilianos".

Santi siempre supo que tenía una inteligencia muy superior a la del resto de personas, y que sin duda estaba en el mundo para lograr grandes cosas. La confirmación de aquello le había llegado cuando tenía veinticinco años. Un cálida tarde de otoño regresaba a casa cuando en el quiosco de su calle vio el nuevo número de la revista "*El más acá*", de la que era fiel seguidor. Estaba convencido que las teorías que en ella aparecían eran completamente ciertas, y solo una pequeña parte de la población, dotada de una gran lucidez, era capaz de asumirlas como la verdad, de no dejarse engañar por los medios oficialistas. Aquel día, en portada, se anunciaba un dossier sobre el fenómeno de los Reptilianos, unos supuestos reptiles humanoides que viven infiltrados en la sociedad humana. ¿Su objetivo? Esclavizar a los terrícolas.

Aquello le fascinó. Releyó el artículo de principio a fin tantas veces como fueron necesarias, hasta que se lo aprendió de memoria. Las pruebas que el autor aportaba, su lúcida explicación no oficial de los sucesos más terribles acontecidos a lo largo de la historia de la humanidad, las impactantes imágenes de unos grotescos bebés Reptilianos que acompañaban al artículo... Santi vio la luz. ¡Claro! ¡Todo tenía sentido! Desde aquel momento dedicó su vida a una sola tarea: reunir toda la información posible sobre estos seres y difundirla, para que la Tierra pudiera librarse de esta terrible amenaza.

No fue una tarea sencilla. Si bien es cierto que en internet había bastante información sobre los Reptilianos en diversas webs, foros, blogs, y que Youtube estaba plagado de videos en los que supuestamente se los veía en las reuniones de las altas esferas sociales, políticas y económicas, no toda la información procedía de fuentes que Santi considerase fiables. Sin embargo encontró libros de gran utilidad en librerías de segunda mano, y gracias a la ayuda de una pequeña comunidad de internet, y accediendo a la *Deep Web*, logró hacerse con un montón de información útil. En la web había un gran debate sobre cómo y de dónde surgieron, y aunque la teoría de que los Reptilianos evolucionaron de los dinosaurios en la Tierra antes de la existencia de los seres humanos era una de las que más fuerza tenía, él había logrado descubrir la verdad.

Los Reptilianos proceden de *Alfa Draconis*, otro sistema solar diferente al nuestro. Son capaces de utilizar vuelos interestelares, y en nuestro planeta hay una importante comunidad asentada en una red subterránea de cuevas, y lo más inquietante: tienen la capacidad de adoptar forma humana. De esta manera han logrado subyugarnos, pues los grandes líderes del mundo y los dueños de las grandes empresas mediáticas y financieras del planeta, son en

realidad Reptilianos. No solo eso, muchos deportistas, cantantes o personajes de éxito también lo son y utilizan la gran influencia que tienen sobre las masas para transmitir sus mandatos de forma subliminal a través de su música o películas. Lady Gaga era un ejemplo tan evidente de Reptiliano, que Santi no entendía por qué su entorno se burlaba de él cada vez que exponía sus teorías.

Desde que inició su investigación, Santi se había ido viendo condenado a la soledad y el ostracismo, en parte porque sus amigos y familia lo consideraban "rarito" "neurótico" o "un *conspiranoico* monotemático", y en parte porque él mismo se había ido aislando, pasando casi todo el tiempo encerrado en su habitación, exasperado ante la mediocridad y ceguera de las personas que lo rodeaban, e incluso sospechando que algunos de sus allegados eran en realidad repugnantes reptiles de incógnito. Menos mal que en internet había gente que lo comprendía, que seguía su blog con sincera admiración y colaboraban en lo posible con sus investigaciones. Una de sus más sinceras admiradoras era la risueña usuaria *Pretty Little Psycho*.

Cuando el tren llegó a la estación de destino, Santi abandonó a toda prisa el vagón, y corrió al lugar donde sabía que encontraría a un gran aliado en la lucha anti-Reptiliana. Aunque había intentado confirmar una cita para que hablasen con calma, el hombre al que iba a ver estaba muy ocupado y no había podido contestar a sus correos, así que después de investigar su agenda oficial, Santi se presentó en el restaurante donde este solía almorzar y lo esperó a la puerta. Aguardó dos largas horas hasta que, con un vuelco en el corazón, lo vio salir del local.

—¡Señor Martos! —exclamó Santi precipitándose hacia él mientras agitaba en alto el brazo— ¡Señor Roberto Martos, por favor!

El hombre se giró, desconcertado. Tenía un aspecto imponente, alto, fornido, con abundante cabello entrecano y vestido con un impecable traje oscuro.

—¿Sí?

—Yo...soy Santiago Gomera... —le tendió la mano— Gran admirador de tu trabajo desde hace años...no puedo creer que por fin estés delante mío...

El tal Señor Martos pareció avergonzarse.

—Vaya...gracias, siempre es un placer conocer a...

—¡Siento haberte abordado así! —Santi le interrumpió con brusquedad—
¡Pero tengo información que puede ser de mucha utilidad! Llevo años
trabajando en ello, siguiendo lo que dijiste en tu reportaje, creo que ha llegado
el momento propicio...tengo información que nos será muy útil...pero ven, te
mostraré....No, no aquí no, no deben vernos, ni oírnos...tú sabes bien que hay
que ser prudentes en estas circunstancias...

El hombre le miraba absolutamente desconcertado. Aquel desconocido que le
había abordado temblaba de la cabeza a los pies de pura ansiedad y revolvía en
su mochila intentando explicarle algo, pero sin ser demasiado coherente.

—Disculpe, pero creo que no le termino de comprender. ¿A qué reportaje se
refiere?

—¡Al de los Reptilianos, por supuesto! Publicado en la revista *El Más Acá*,
número 387 de Octubre del año 2005...

El periodista comprendió de golpe.

—¡Ah, eso! Pensé que...cuando usted dijo que era admirador mío, pensé que
se refería a trabajos más recientes, mi trabajo como reportero de guerra, o
alguno de mis libros...no pensé que se referiría usted a... "*El más acá*". Han
pasado muchos años desde aquello.

—¡Lo sé, lo sé, pero tu reportaje me abrió los ojos! Eres el mejor periodista, el
más brillante investigador que ha pasado por esa revista...estos años...sé que de
cara al público te has dedicado a otras cosas, todos necesitamos tapaderas,
claro... —Santi revolvió su mochila—pero si me das unos minutos podrás ver
lo que he ido...

—No me ha entendido caballero—la voz del periodista se volvió mucho más
seria—. Mire, aquella fue una época complicada, me estaba divorciando,
necesitaba dinero, y en fin. Todos pasamos por momentos complicados en los
que aceptamos trabajos que en otras circunstancias no...

Santi le miraba petrificado, sin comprender muy bien qué intentaba decirle su
ídolo. El periodista suspiró, exasperado.

—Me inventaba todo lo que salía ahí publicado. ¿Lo entiende ahora? Por
Dios, el artículo de los Reptilianos se me ocurrió un día mientras hacía de
vientre. No creí nunca que alguien pudiera tomarlo demasiado en serio.
Aquellas fotos que publiqué... mire, me siento fatal, eran imágenes de unos

niños aquejados de Ictiosis Arlequín, una enfermedad terrible, infórmese. Fue muy poco ético por mi parte hacer eso.

—¿Qué dices?! ¿Qué estás diciendo?! ¡Mientes, estás mintiendo!

—Mire, esos artículos me pagaban las facturas. Y ya está. Ahora si me disculpa, tengo prisa.

El hombre se marchó, dejando a Santi totalmente petrificado, sin saber cómo reaccionar ante la noticia de que su gran héroe era en realidad un farsante.

Ya en casa, el hombre se encerró en su habitación, furioso. Caminaba de un lado a otro, histérico, intentando organizar todas las ideas que venían a su cabeza. ¿Era posible que la tarea a la que se había dedicado con auténtica pasión tantos años fuera en realidad un delirio? Roberto Martos...el hombre al que más admiraba en el mundo, el que le había abierto los ojos... ¿se lo había inventado todo? Miró las paredes de su habitación, totalmente forradas con fotografías que había ido analizando a lo largo del tiempo, con mapas con distintas ubicaciones señaladas con chinchetas de colores. Se fijó en los archivadores repletos de información, y en los post-it amarillos que había pegado en la torre de su ordenador.

"No....no es verdad" Santi se negaba a aceptar que aquello terminase ahí. *"Le han captado...le han...le han comido la cabeza...o le han amenazado....sea lo que sea...es la culpa de ELLOS, Martos sabía demasiado... claro que sí....los perversos Reptilianos...esto no va a quedar así...hay que hacer algo...TENGO que hacer algo..."*

Fue entonces cuando sus ojos pasaron por la fotografía más grande que había pegada en la pared. Dentro de poco habría una gran cumbre Reptiliana, y la cabeza del clan estaría allí, por supuesto. Santi abrió sus ojillos llorosos de par en par, y una sonrisa delirante apareció en su pálido rostro. Sabía exactamente dónde se iban a reunir.

Unas semanas más tarde...

Los periodistas se amontonaban en la sala de prensa, impacientes por conocer el resultado de la investigación llevada a cabo por los responsables de la seguridad durante las cumbres de los altos dirigentes de la Unión Europea. Solo unos días atrás, durante la última reunión celebrada para tratar la crisis migratoria y humanitaria a la que Europa tenía que hacer frente, un hombre

había aparecido —nadie sabía muy bien de dónde— blandiendo un enorme machete, y al grito de "Derroquemos a la casta Reptiliana" se había abalanzado sobre la canciller alemana Ángela Merkel. Por suerte, debido a su corta estatura y a que no debía pesar más de cuarenta kilos, había sido reducido sin demasiadas complicaciones antes de que pudiera herir a nadie. Al principio se pensó en que podría tratarse de algún ataque terrorista o de algún tipo de organización revolucionaria. Los motivos del ataque serían desvelados en aquel mismo momento. El máximo responsable de la seguridad se dirigió a la tarima. Después de las consecuentes declaraciones y de las preguntas de rigor por parte de los periodistas todo quedó aclarado. El individuo había actuado por cuenta propia, no había nadie más detrás del ataque, ningún grupo que quisiera reivindicar nada. Simplemente se trataba de un pobre enajenado mental que ya había sido puesto bajo la custodia de una institución psiquiátrica. Ahora los medios inmorales de todo el mundo podrían dedicarse a rebuscar todos los datos de ese individuo, para sacarlos a la luz y lucrarse gracias al morbo de una noticia como aquella.

La canciller alemana seguía a través de la televisión de su suite en un lujoso hotel de Bruselas, la rueda de prensa que su leal perrito faldero estaba dando. Desde luego esta clase de ataques eran inevitables cuando una ostentaba un cargo de semejante poder.

La rueda de prensa terminó, y la canciller se levantó, dispuesta a ponerse algo más cómodo para la intimidad. Se acercó a un espejo y contempló ese rostro feo y regordete. Feo como el de todos los humanos, claro. Poco a poco, su piel comenzó a mutar. En primer lugar adquirió un tono verdoso, y poco después unas escamas grandes y gruesas comenzaron a aparecer por todo su cuerpo. Su rostro se alargó, sus ojos cambiaron del color azul al amarillo y las pupilas se transformaron en las de una serpiente. Al cabo de unos instantes el cuerpo de la canciller alemana fue totalmente sustituido por el de un lagarto humanoide de considerables proporciones.

Se deshizo del incómodo traje que llevaba y se sentó frente al ordenador portátil. Sus manos se habían convertido en unas viscosas garras. Bien, era verdad que se había librado de un molesto moscardón, un humano que sabía demasiado. Pero seguirían apareciendo más, por supuesto. Y aunque su equipo era el mejor a la hora de detectarlos, a ella también le gustaba jugar de vez en cuando a hacer de espía. Una vez más, accedió a los foros de debate y blogs que más hacían peligrar su secreto, buscando a más humanos entrometidos. Los sitios de encuentro de conspiraciones de internet siempre

estaban llenos de maníacos y perdedores que no tenían nada mejor que hacer que inventar absurdas teorías, pero de vez en cuando surgían individuos que se acercaban demasiado a la verdad. Como Santi. Y si bien era cierto que era más fácil hacerlos desaparecer del mapa, resultaba más útil dejarlos hacer, que llevaran su obsesión hasta el límite, que montaran algún numerito público, y entonces intervenir, hacerlos quedar por perturbados ante la sociedad. Las desapariciones causaban inquietud, la gente se preguntaba cosas, sospechaba. Pero si el teórico de la conspiración terminaba siendo recluido por problemas mentales, nadie se preocupaba de indagar más allá. Los enfermos mentales eran solo eso...pobres locos.

Sintiéndose como un depredador a punto de atrapar a una nueva y deliciosa presa, introdujo su nick: *Pretty Little Psycho*. La caza comenzaba una vez más.